



«En el plano económico, todas las perturbaciones causadas por el colapso aeroportuario deberían ser reversibles»

El poder de la ceniza

Perplejos tiene a todos el descomunal bloqueo logístico que ha provocado en media Europa la nube de cenizas expulsadas por el volcán islandés de nombre impronunciable. A la postre, nada podemos contra las fuerzas de la naturaleza. O, al menos, eso es lo que parecen sacar en consecuencia muchos analistas del fenómeno y sus consecuencias. Decenas de miles de vuelos cancelados, millones de viajeros en tierra o buscando una vía de escape por los medios más dispares para recorrer miles de kilómetros hasta sus hogares, cientos de millones de euros en pérdidas económicas directas y quién sabe si un serio revés para la incipiente recuperación de la economía europea. Todo esto por una nube de ceniza cuyo poder paralizante nadie era capaz de imaginar.

Pensemos dos veces todo lo anterior. Los efectos de la nube de ceniza son innegables, obviamente, pero se trata de un acontecimiento de escasa probabilidad de ocurrencia, de forma inusitada (no es una epidemia) y por el que no cabe maldecir a ningún Gobierno, ni siquiera por el hecho de que todas las instancias relevantes hayan sido cogidas sin la preparación adecuada. Este episodio, de hecho, es un banco de pruebas estupendo para constatar, una vez más, la incapacidad del ser humano para entender su papel en este mundo. Todos los análisis han enfocado el hecho indudable de que nuestro sistema económico, por sofisticado que sea (a causa de dicha sofisticación, más bien), es, en el fondo, bastante vulnerable a cosas tan elementales como unas partículas que ni siquiera son tóxicas. Pero pocos análisis se han detenido a pensar que, en el fondo, no soportamos los contratiempos de fuerza mayor, ni sus consecuencias, y que sólo nos vale que, a la menor contrariedad, venga alguien a rescatarnos o a poner remedio.

Este episodio, en mi opinión, no demuestra el poder de la naturaleza, sino

nuestra impaciencia y la infundada expectativa de que siempre, alguien, venga a sacarnos del apuro. La nube de ceniza no tiene más poder que el que nosotros queramos darle sintiéndonos desgraciados por tener que pasar unos días en un aeropuerto, desembolsar algunos cientos de euros y sufrir unas determinadas pérdidas económicas. Los seguros existen para algo y, si no hay seguros, para esto habría que crearlos. Es cierto que, para algunas personas, las consecuencias habrán ido mucho más allá en lo económico o lo personal. Pero ¿qué se puede hacer sino afrontar sin aspavientos estos imponderables? El riesgo cero no existe ni en esta ni en casi ninguna otra faceta de la vida económica o social y, de existir, su garantía sería extraordinariamente cara.

En el plano económico, todas las perturbaciones causadas por el colapso aeroportuario deberían ser reversibles, incluso dejando un rastro positivo gracias a los esfuerzos de «reconstrucción» tras la tormenta, por así decirlo. No ha habido consecuencias para la integridad de las personas, afortunadamente, y sí quedan muchas cosas que aprender sobre la organización del sistema logístico a escala continental y lo bien fundado (o no) de algunas de las decisiones que se han tomado para evitar dichos daños personales. O de las lagunas de coordinación de un espacio vital para Europa, como es el espacio aéreo.

Aprovechemos este «experimento natural» para extraer lecciones muy sustanciosas respecto a nuestra intolerancia a los imponderables, nuestra incapacidad para reaccionar serenamente a los contratiempos, nuestro sesgo economista de las consecuencias de estos episodios y nuestra poca sofisticación a la hora de asegurarnos contra dichas consecuencias económicas. Lo dicho: el poder de la ceniza lo administramos nosotros, no la ceniza ::

JOSÉ ANTONIO HERCE
es socio-director de Economía
Aplicada y Territorial de
Consultores de Administraciones
Públicas (Afi).
E-mail: jherce@afi.es